

PRINCESAS EN EL MAR MEDITERRÁNEO

ARTICLE

María de los Ángeles Pérez Samper*

En los tiempos modernos infinidad de gentes atravesaron el Mediterráneo por infinidad de motivos. También algunas princesas surcaron el mar, con ocasión de sus matrimonios, desde sus países de origen hacia sus países de destino. Fueron muy pocas y sus viajes fueron excepcionales. Pero crearon itinerarios muy ricos y complejos, políticos, sociales, culturales, artísticos. La "circulación" mediterránea de princesas no se limitaba a sus personas y a sus viajes. Era ocasión de "circulación" de muchas otras personas y de ideas, costumbres, objetos. Dieron y recibieron múltiples influencias. Contribuyeron a definir el espacio mediterráneo.

Jóvenes princesas, algunas todavía niñas, emprendían largos viajes, generalmente sin retorno, para contraer matrimonio, para irse a vivir y a reinar en otro país. Eran viajes de metamorfosis, de niñas a mujeres, esposas, reinas. Al viaje exterior se unía un viaje interior de transformación.

El viaje se iniciaba con la despedida y la partida. Surcar el mar suponía el cambio de país, de séquito, de imagen. Culminaba con la llegada y la bienvenida. Eran viajes que seguían itinerarios a veces complicados. No siempre se hacían por los caminos más cortos y mejores, se prefería pasar por los territorios propios o por países amigos. Había que evitar países enemigos.

El viaje es siempre una aventura. Los viajes de las princesas fueron viajes largos, por tierra y por mar, no siempre en la mejor época del año. Se padecía calor en verano, frío en invierno, había que afrontar lluvias y tormentas, navegando por un mar siempre peligroso. Eran viajes muy organizados y con muchos medios, los mejores barcos, los mejores marinos, pero siempre existían riesgos. Y en ocasiones surgieron imprevistos a los que hubo que hacer frente. Viajes por mar, pues resultaba el medio más rápido, que permitía el traslado de gran cantidad de personas y equipajes con mayor comodidad. Pero con riesgo de marearse, de naufragar, de ser atacados.

Eran grandes experiencias para las princesas y para las personas que las acompañaban. Se aprovechaban los viajes para realizar visitas a parientes, amigos, personalidades, para conocer lugares, monumentos, obras de arte, instituciones, centros religiosos. Los viajes regios constituían verdaderos espectáculos. Las flotas eran dignas de admiración, estaban compuestas por muchos barcos, barcos grandes y hermosos, que al llegar a puerto se engalanaban y se iluminaban. Las princesas viajaban con grandes comitivas, se detenían en diversos puertos, donde se les ofrecían fiestas, regalos y agasajos. Causaban gran curiosidad a su paso. Los viajes incluían espectáculos y se convertían los mismos viajes en grandes espectáculos.

Princesas procedentes de otros países vinieron a España para convertirse en reinas. Infantas de España marcharon a otros países, para casarse y convertirse en soberanas. Vamos a recordar a algunas de ellas, aquellas que atravesaron el mar Mediterráneo.

María de Austria, Infanta de España, que sería Emperatriz del Sacro Imperio. Fue la hija mayor del emperador Carlos V y hermana de Felipe II, con quien siempre estuvo muy unida. Doña María pasó el mar Mediterráneo dos veces, al ir y volver de Austria, en 1551 y 1582. En ambas ocasiones sus puertos fueron Barcelona y Génova, puertos destacados en la costa del Mediterráneo occidental. En el viaje de ida, a finales de agosto de 1551, María y su esposo Maximiliano se encontraban cerca de Barcelona, desde donde zarparían con destino al Imperio, cuando la flota de Andrea Doria, que esperaba para llevarles hasta Génova, sufrió un ataque francés, por lo que el viaje estuvo marcado por la inquietud. Años más tarde Doña María, al quedarse viuda, decidió regresar a España. Salió de Praga el 3 de agosto de 1580. Iba acompañada de su hija Margarita. Partió de Génova con destino a Barcelona, pero una tempestad en el golfo de León les hizo cambiar de planes. Desembarcaron en Colliure e hicieron el resto del viaje por tierra.

También pasaron el Mediterráneo las hijas de Felipe II, Isabel Clara Eugenia y Catalina Micaela, primero la menor, Catalina que viajó de Barcelona a Niza en 1585, acompañada por su esposo Carlos I Manuel, con destino al Ducado de Saboya. Felipe II les despidió en Barcelona y el viaje se celebró con grandes festejos. Y años después, la mayor, Isabel Clara Eugenia.

En 1599 tuvo lugar un doble viaje para las dobles bodas, la de Felipe III con Margarita de Austria-Estiria, y la de Isabel Clara Eugenia con el Archiduque Alberto. Margarita de Austria, destinada a ser reina de España, apenas tenía catorce años de edad cuando hizo el viaje, acompañada por su madre. De Génova a Valencia y de Valencia a Barcelona. Giovanni Andrea Doria fue el responsable del doble viaje, para acompañar a Margarita de Austria y el archiduque Alberto hacia España y después al Archiduque Alberto y su esposa, Isabel Clara Eugenia, a los Países Bajos. Salió la armada de Génova el 18 de febrero de 1599 empleando cuarenta días en la travesía. Las bodas se habían celebrado por poderes en Ferrara y la ratificación se hizo en Valencia, el 18 de abril de 1599. Después de pasar varios días en la capital valenciana, los Reyes y los Archiduces se dirigieron por mar a Barcelona, adonde llegaron el 14 de mayo. Su estancia se festejó mucho. El día 20 hubo una gran fiesta en el mar. Los Archiduces se embarcaron hacia Génova el 7 de junio. Las cartas del conde de Lemos, que formaba parte de la comitiva dan muchas noticias sobre el viaje.

En el siglo XVII el viaje más largo por el Mediterráneo lo protagonizó la infanta María Ana de Austria, hermana menor de Felipe IV. De Barcelona a Nápoles y de Nápoles a Trieste. María Ana de Austria se casó con Fernando III, emperador del Sacro Imperio. Los esponsales por poderes se celebraron en Madrid en 1629, pero habrían de pasar más de cinco años hasta que pudiesen encontrarse los esposos. En 1630 la infanta fue a Barcelona, con el fin de embarcarse rumbo a Italia. La ilusión de María Ana por ver el mar era tan grande, que nada más llegar a su residencia, la casa del Duque de Cardona, salió inmediatamente a la galería desde donde se podía contemplar el Mediterráneo. Todos los cronistas recogieron la noticia. En Barcelona las

paradas navales y toda clase de festejos relacionados con el mar tenían un significado especial. El mar marcaba una diferencia con la habitual sede de la corte en Madrid y poseía un especial atractivo para muchos de los reales huéspedes. La sola visión del mar ya era un grandioso espectáculo por sí mismo, todavía mayor cuando se organizaba un festejo sobre las olas. En la visita de la infanta María Ana de Austria en 1630 el mar tuvo mucho protagonismo. Como colofón de la bienvenida tuvo lugar una fiesta en el mar y pocos días antes de partir se organizó un paseo en galera frente a la costa barcelonesa, del que la infanta disfrutó mucho, sin marearse. El 12 de junio de 1630, Doña María Ana embarcó con destino Marsella. De Marsella fueron a Génova. En Génova el Duque de Alba, que por orden de Felipe IV la acompañaba, en lugar de seguir el itinerario por tierra, decidió realizar el trayecto por mar, costeando Italia. La entrada solemne en la ciudad de Nápoles tuvo lugar el 8 de agosto. Allí permaneció varios meses, partiendo el 18 de diciembre de 1630. Tras un largo y accidentado viaje por el Adriático llegaron al puerto de Trieste, a fines de enero de 1631.

Años después, en 1649, será su hija, Mariana de Austria la que viajará a España, para ser la esposa de Felipe IV. La guerra entre España y Francia, la revuelta de Masaniello en Nápoles y la guerra entre venecianos y turcos por la posesión de Creta condicionaron la travesía por el Mediterráneo. Doña Mariana partió de Viena para embarcarse en el puerto de Finale Ligure con destino a Denia. El viaje resultó bastante tranquilo salvo el ataque sin consecuencias que padeció la flota frente a las costas barcelonesas. El 4 de septiembre desembarcó en el puerto de Denia. De Denia partieron hacia Madrid.

En 1666 será su hija Margarita María Teresa de Austria la protagonista de un nuevo viaje, en dirección de Madrid a Viena, para ser Emperatriz por su matrimonio con Leopoldo I. La infanta y su comitiva salieron de Madrid el 28 de abril con destino a Denia. El delicado estado de salud de la ilustre viajera retrasó el viaje. A mediados de julio de 1666 se embarcó en Denia, para ir a Barcelona. Margarita estuvo casi un mes en la ciudad condal, pero no tuvo ocasión de ser muy festejada durante su estancia, debido a su enfermedad. El 10 de agosto la comitiva embarcó de nuevo con rumbo a Finale, haciendo escalas en Rosas, Cadaqués y Marsella. A Finale llegaron el 20 de agosto, siendo recibida con grandes agasajos. De Finale el viaje prosiguió por tierra hasta Viena.

En el siglo XVIII hubo varios viajes más de princesas por el Mediterráneo. Isabel de Farnesio, por motivo de su matrimonio con Felipe V había de viajar desde Parma a España, embarcando en Sestri Levante con destino a uno de los puertos españoles del Mediterráneo. Pero una gran tempestad nada más iniciar la travesía hizo cambiar los planes marítimos por otros terrestres. Para asumir el trono de España, espléndido fue el viaje de 1759 de Carlos III desde Nápoles a Barcelona, acompañado de la familia real.

En 1765 tuvieron lugar unos viajes cruzados de dos princesas. En 1765 la infanta María Luisa, hija de Carlos III, se casó con el archiduque Pedro Leopoldo de Habsburgo-Lorena, hijo de María Teresa de Austria y del emperador Francisco I. María Luisa se embarcó en Cartagena para ir a Génova. Mientras una Infanta partía, otra llegaba. En ese mismo año de 1765 tendría lugar el casamiento de Don Carlos, el Príncipe de Asturias, hijo de Carlos III, con María Luisa de

Parma, hija del Infante Don Felipe. Ambas princesas se encontraron en Génova en julio de 1765. María Luisa embarcó allí con destino a España, llegando por Cartagena.

Gran protagonismo tuvo el Mediterráneo en las dobles bodas hispano-napolitanas de 1802 en Barcelona, la del Príncipe de Asturias Fernando con la princesa María Antonia, y la del heredero de Nápoles Francisco Jenaro con la infanta María Isabel. De Nápoles a Barcelona viajaron Francisco y su hermana María Antonia. Y de Barcelona a Nápoles, Francisco y su esposa María Isabel.

Una invitada sobresaliente fue la infanta María Luisa, casada con Luis de Borbón-Parma, reyes de Etruria desde 1801. Decidida a no perderse las bodas a pesar de su avanzado estado de gestación, se embarcaron en Liorna hacia Barcelona. Navegando por el Mediterráneo la reina María Luisa dio a luz una princesa el día 2 de octubre de 1802, María Luisa Carlota de Borbón Parma, que fue bautizada al llegar a Barcelona. Tras la boda y la partida de Francisco y María Isabel hacia Nápoles, la familia real española continuó el viaje de Barcelona a Valencia y Cartagena, donde los Reyes de Etruria embarcaron de regreso a Liorna.

A través del mar, muchas niñas se convirtieron en mujeres, muchas princesas en reinas. Fueron viajes apasionantes para ellas que, acostumbradas a vivir encerradas en sus palacios, vivieron nuevas experiencias, muchas vieron el mar por primera vez y descubrieron nuevos horizontes. Cambiaron ellas y contribuyeron a cambiar sus países. Atravesando el Mediterráneo, estas princesas sirvieron de puente, propiciando múltiples transferencias políticas, sociales y culturales. El *mare nostrum*, lejos de separar, une.